

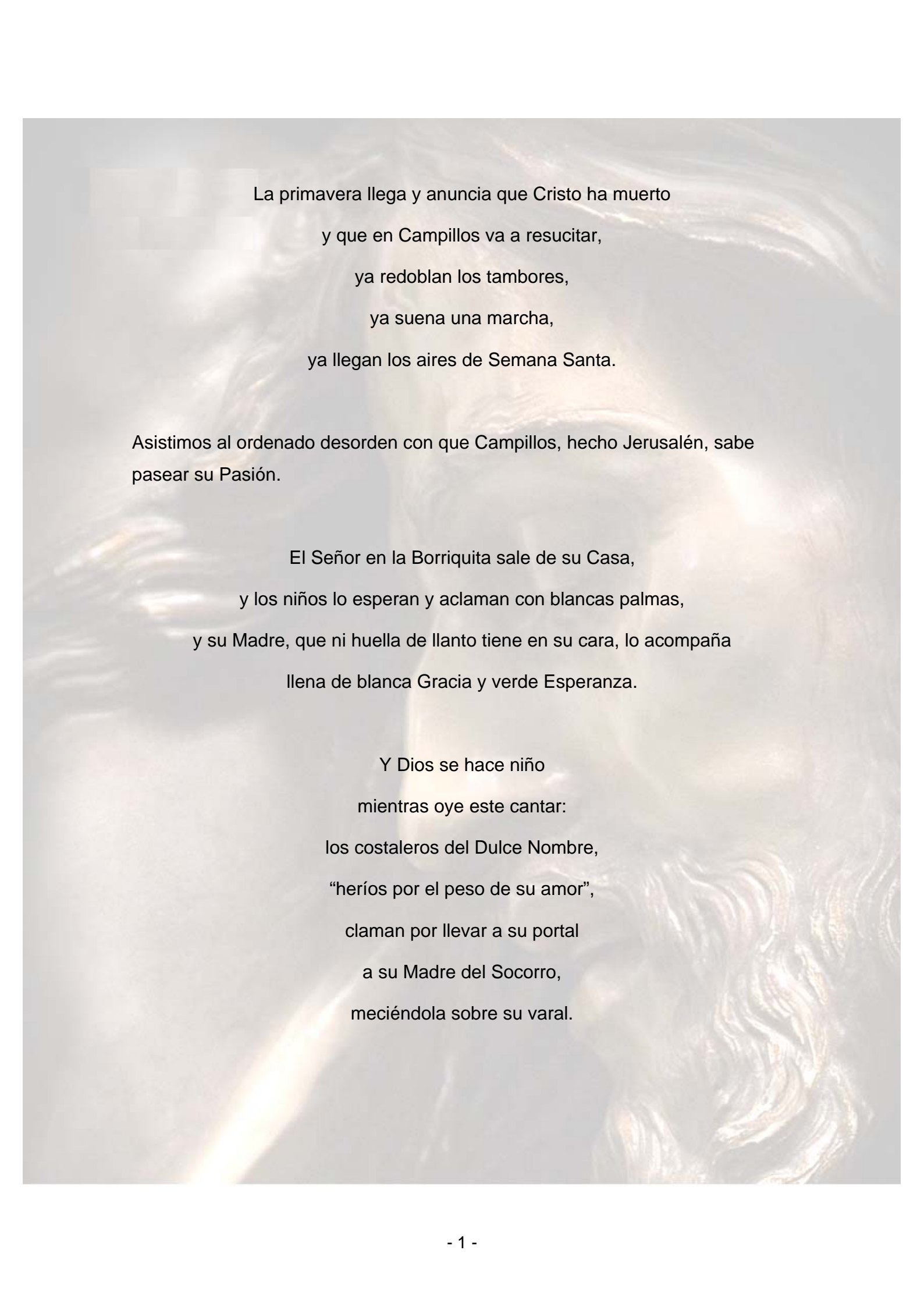
VIERNES SANTO
CAMPILLOS

SEMANA SANTA 2010



REAL, ILUSTRE Y MUY ANTIGUA ARCHICOFRADÍA Y HERMANDAD
DEL SANTO ENTIERRO DE CRISTO Y MARÍA SANTÍSIMA DE LAS ANGIUSTIAS

*PREGÓN DE PRESENTACIÓN DEL CARTEL
21 DE FEBRERO DE 2010
BENITO JAVIER GALLARDO ROMERO*

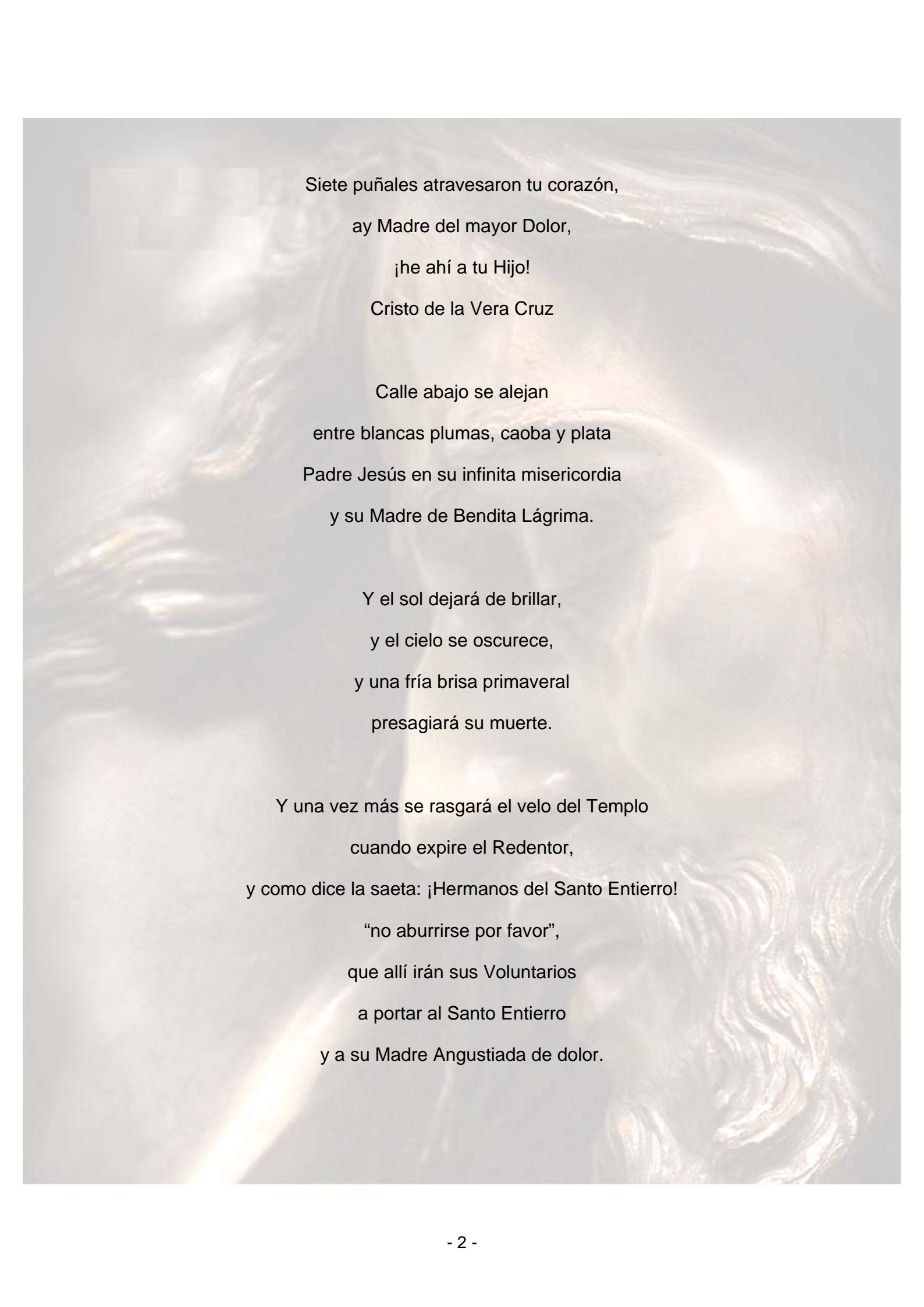


La primavera llega y anuncia que Cristo ha muerto
y que en Campillos va a resucitar,
ya redoblan los tambores,
ya suena una marcha,
ya llegan los aires de Semana Santa.

Asistimos al ordenado desorden con que Campillos, hecho Jerusalén, sabe
pasear su Pasión.

El Señor en la Borriquita sale de su Casa,
y los niños lo esperan y aclaman con blancas palmas,
y su Madre, que ni huella de llanto tiene en su cara, lo acompaña
llena de blanca Gracia y verde Esperanza.

Y Dios se hace niño
mientras oye este cantar:
los costaleros del Dulce Nombre,
“heríos por el peso de su amor”,
claman por llevar a su portal
a su Madre del Socorro,
meciéndola sobre su varal.

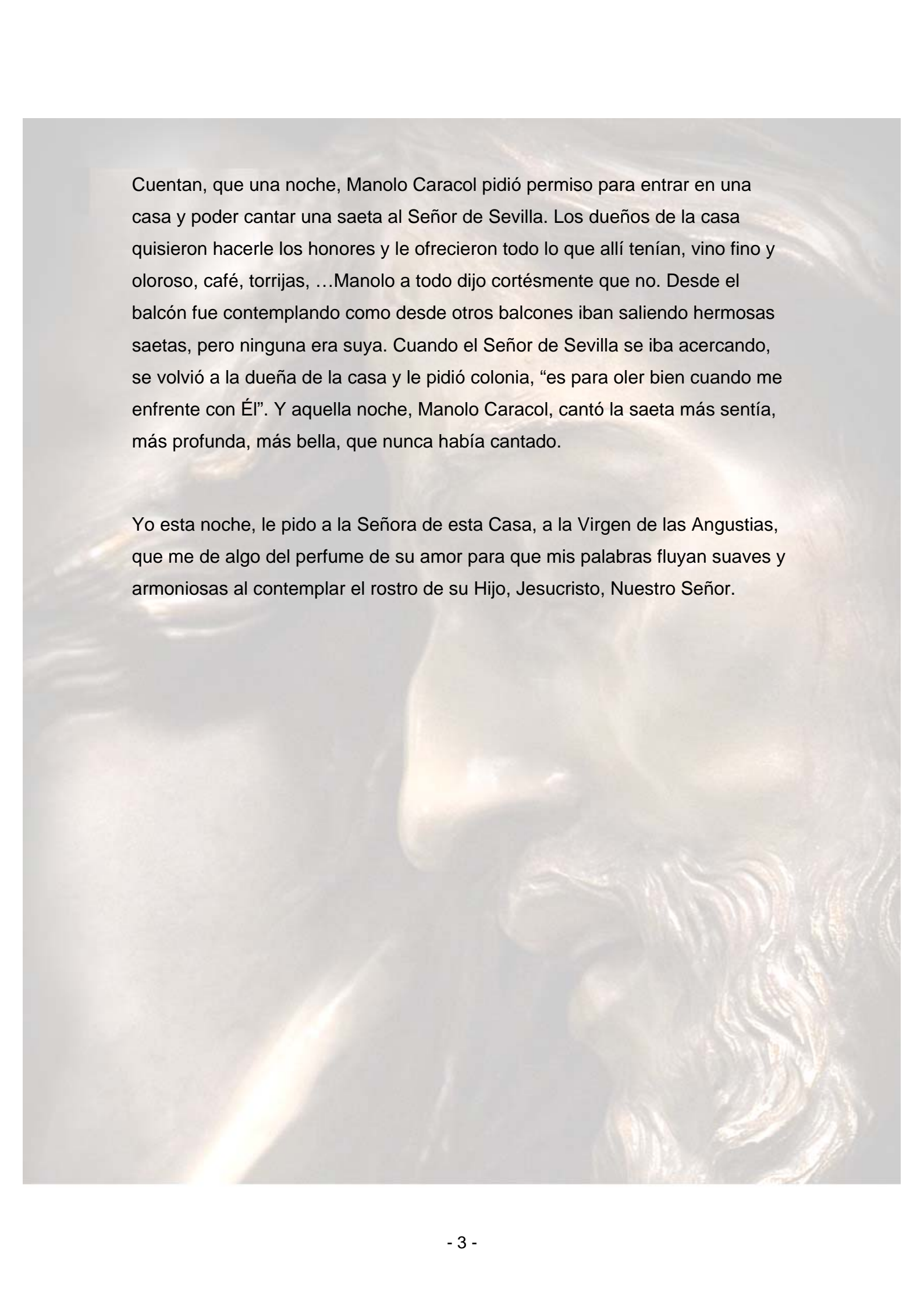


Siete puñales atravesaron tu corazón,
ay Madre del mayor Dolor,
¡he ahí a tu Hijo!
Cristo de la Vera Cruz

Calle abajo se alejan
entre blancas plumas, caoba y plata
Padre Jesús en su infinita misericordia
y su Madre de Bendita Lágrima.

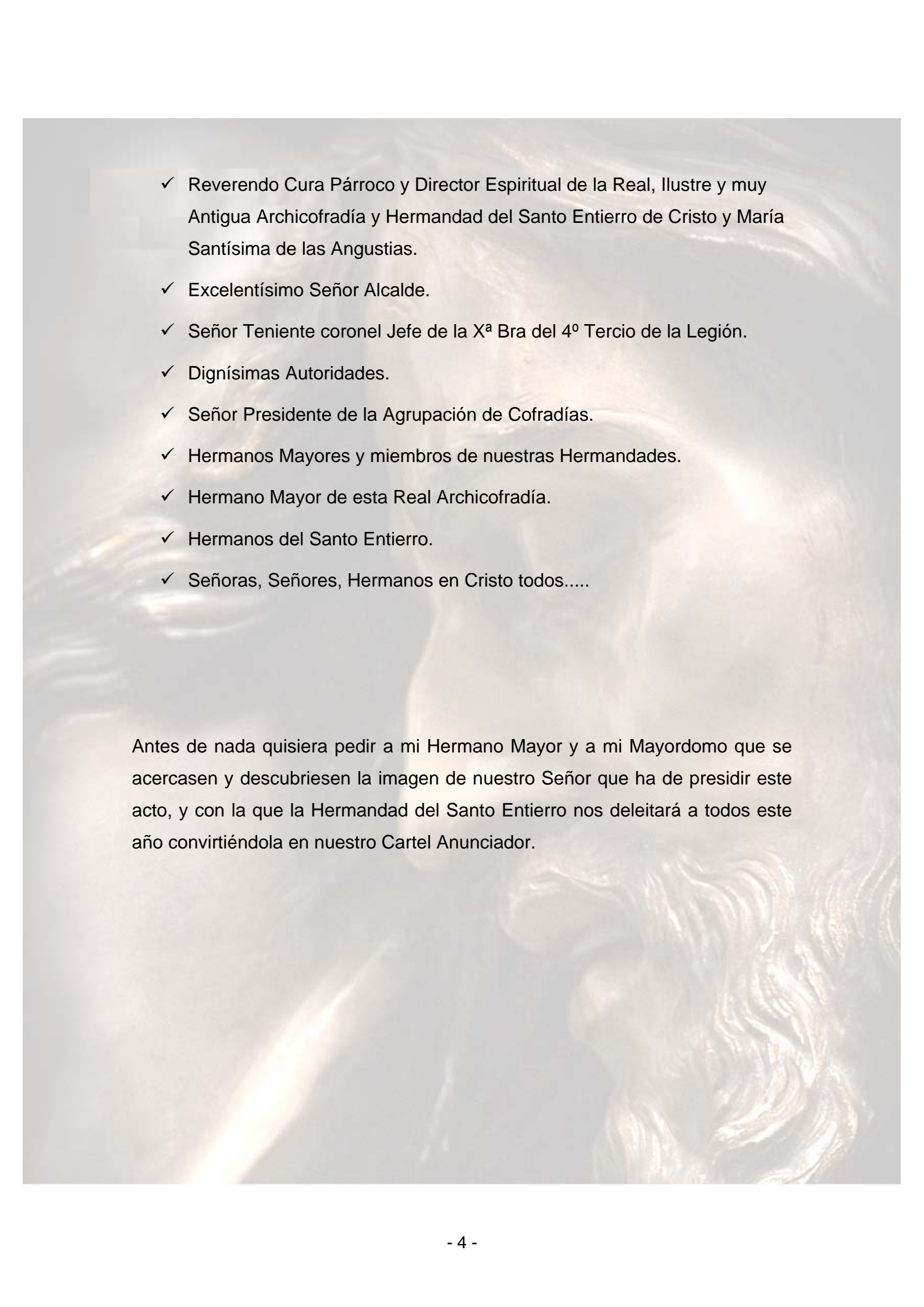
Y el sol dejará de brillar,
y el cielo se oscurece,
y una fría brisa primaveral
presagiará su muerte.

Y una vez más se rasgará el velo del Templo
cuando expire el Redentor,
y como dice la saeta: ¡Hermanos del Santo Entierro!
“no aburrirse por favor”,
que allí irán sus Voluntarios
a portar al Santo Entierro
y a su Madre Angustiada de dolor.

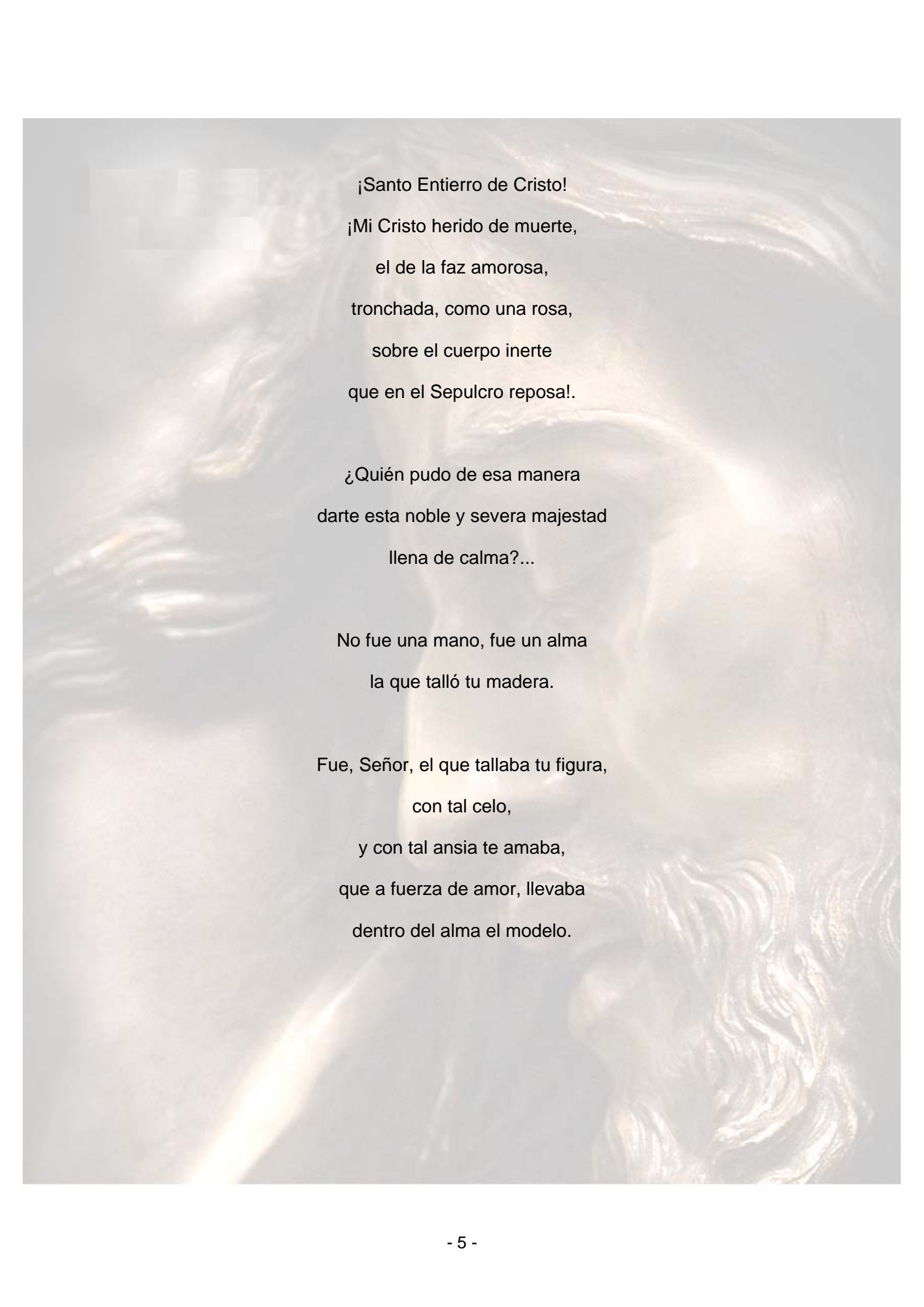


Cuentan, que una noche, Manolo Caracol pidió permiso para entrar en una casa y poder cantar una saeta al Señor de Sevilla. Los dueños de la casa quisieron hacerle los honores y le ofrecieron todo lo que allí tenían, vino fino y oloroso, café, torrijas, ...Manolo a todo dijo cortésmente que no. Desde el balcón fue contemplando como desde otros balcones iban saliendo hermosas saetas, pero ninguna era suya. Cuando el Señor de Sevilla se iba acercando, se volvió a la dueña de la casa y le pidió colonia, “es para oler bien cuando me enfrente con Él”. Y aquella noche, Manolo Caracol, cantó la saeta más sentía, más profunda, más bella, que nunca había cantado.

Yo esta noche, le pido a la Señora de esta Casa, a la Virgen de las Angustias, que me de algo del perfume de su amor para que mis palabras fluyan suaves y armoniosas al contemplar el rostro de su Hijo, Jesucristo, Nuestro Señor.

- 
- ✓ Reverendo Cura Párroco y Director Espiritual de la Real, Ilustre y muy Antigua Archicofradía y Hermandad del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de las Angustias.
 - ✓ Excelentísimo Señor Alcalde.
 - ✓ Señor Teniente coronel Jefe de la Xª Bra del 4º Tercio de la Legión.
 - ✓ Dignísimas Autoridades.
 - ✓ Señor Presidente de la Agrupación de Cofradías.
 - ✓ Hermanos Mayores y miembros de nuestras Hermandades.
 - ✓ Hermano Mayor de esta Real Archicofradía.
 - ✓ Hermanos del Santo Entierro.
 - ✓ Señoras, Señores, Hermanos en Cristo todos.....

Antes de nada quisiera pedir a mi Hermano Mayor y a mi Mayordomo que se acercasen y descubriesen la imagen de nuestro Señor que ha de presidir este acto, y con la que la Hermandad del Santo Entierro nos deleitará a todos este año convirtiéndola en nuestro Cartel Anunciador.

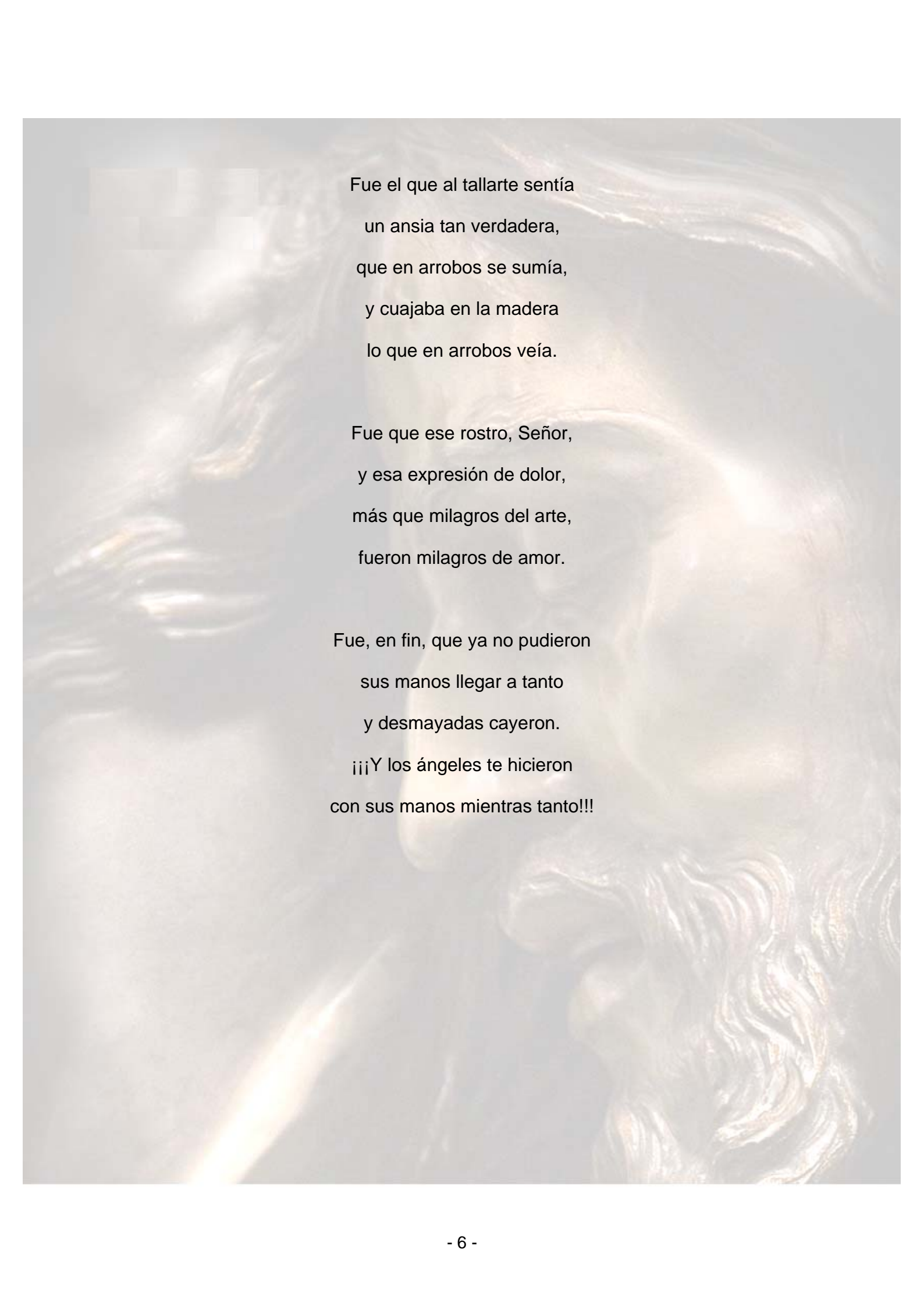


¡Santo Entierro de Cristo!
¡Mi Cristo herido de muerte,
el de la faz amorosa,
tronchada, como una rosa,
sobre el cuerpo inerte
que en el Sepulcro reposa!.

¿Quién pudo de esa manera
darte esta noble y severa majestad
llena de calma?...

No fue una mano, fue un alma
la que talló tu madera.

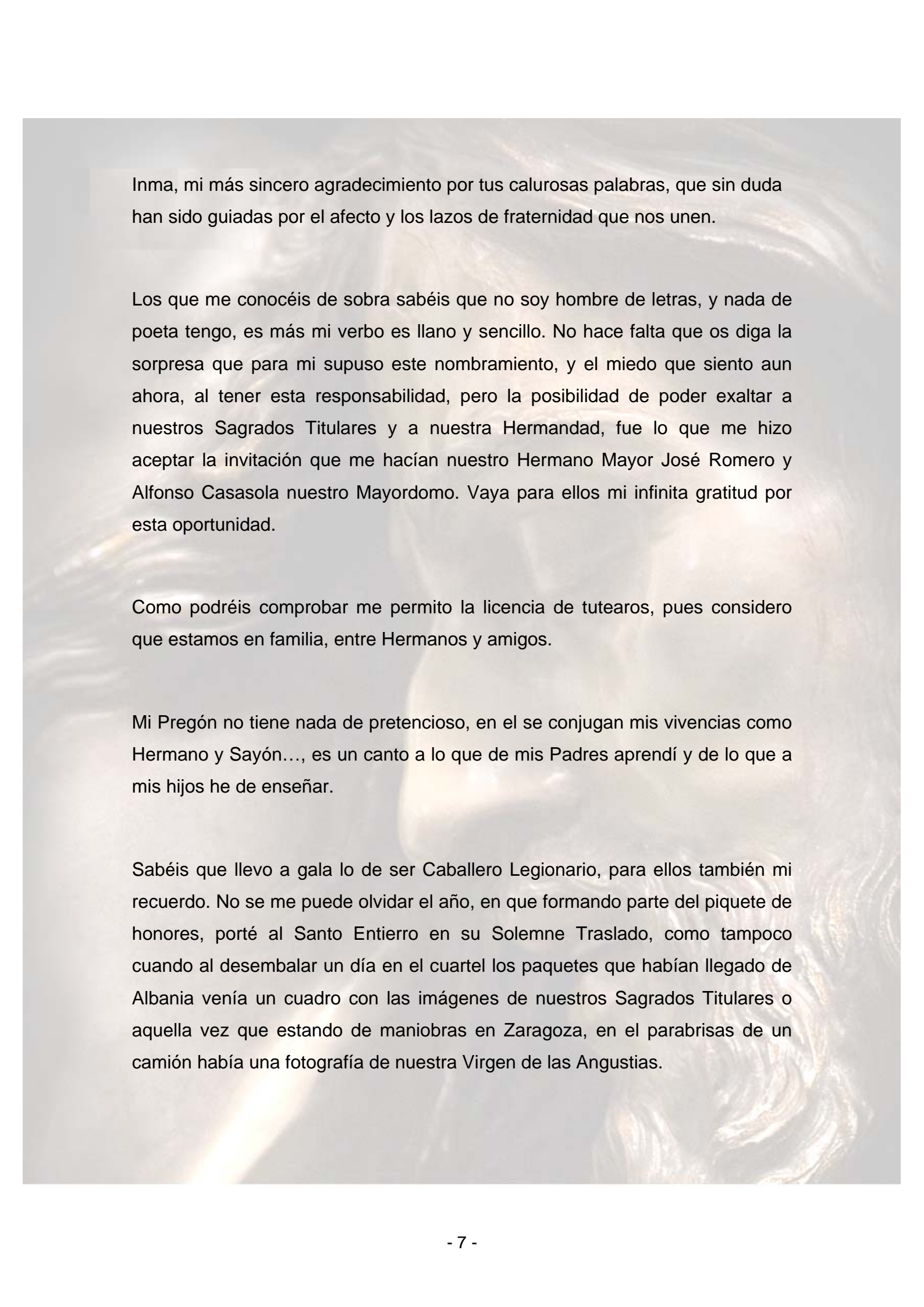
Fue, Señor, el que tallaba tu figura,
con tal celo,
y con tal ansia te amaba,
que a fuerza de amor, llevaba
dentro del alma el modelo.



Fue el que al tallarte sentía
un ansia tan verdadera,
que en arrobos se sumía,
y cuajaba en la madera
lo que en arrobos veía.

Fue que ese rostro, Señor,
y esa expresión de dolor,
más que milagros del arte,
fueron milagros de amor.

Fue, en fin, que ya no pudieron
sus manos llegar a tanto
y desmayadas cayeron.
¡¡¡Y los ángeles te hicieron
con sus manos mientras tanto!!!



Inma, mi más sincero agradecimiento por tus calurosas palabras, que sin duda han sido guiadas por el afecto y los lazos de fraternidad que nos unen.

Los que me conocéis de sobra sabéis que no soy hombre de letras, y nada de poeta tengo, es más mi verbo es llano y sencillo. No hace falta que os diga la sorpresa que para mi supuso este nombramiento, y el miedo que siento aun ahora, al tener esta responsabilidad, pero la posibilidad de poder exaltar a nuestros Sagrados Titulares y a nuestra Hermandad, fue lo que me hizo aceptar la invitación que me hacían nuestro Hermano Mayor José Romero y Alfonso Casasola nuestro Mayordomo. Vaya para ellos mi infinita gratitud por esta oportunidad.

Como podréis comprobar me permito la licencia de tutearos, pues considero que estamos en familia, entre Hermanos y amigos.

Mi Pregón no tiene nada de pretencioso, en el se conjugan mis vivencias como Hermano y Sayón..., es un canto a lo que de mis Padres aprendí y de lo que a mis hijos he de enseñar.

Sabéis que llevo a gala lo de ser Caballero Legionario, para ellos también mi recuerdo. No se me puede olvidar el año, en que formando parte del piquete de honores, porté al Santo Entierro en su Solemne Traslado, como tampoco cuando al desembalar un día en el cuartel los paquetes que habían llegado de Albania venía un cuadro con las imágenes de nuestros Sagrados Titulares o aquella vez que estando de maniobras en Zaragoza, en el parabrisas de un camión había una fotografía de nuestra Virgen de las Angustias.

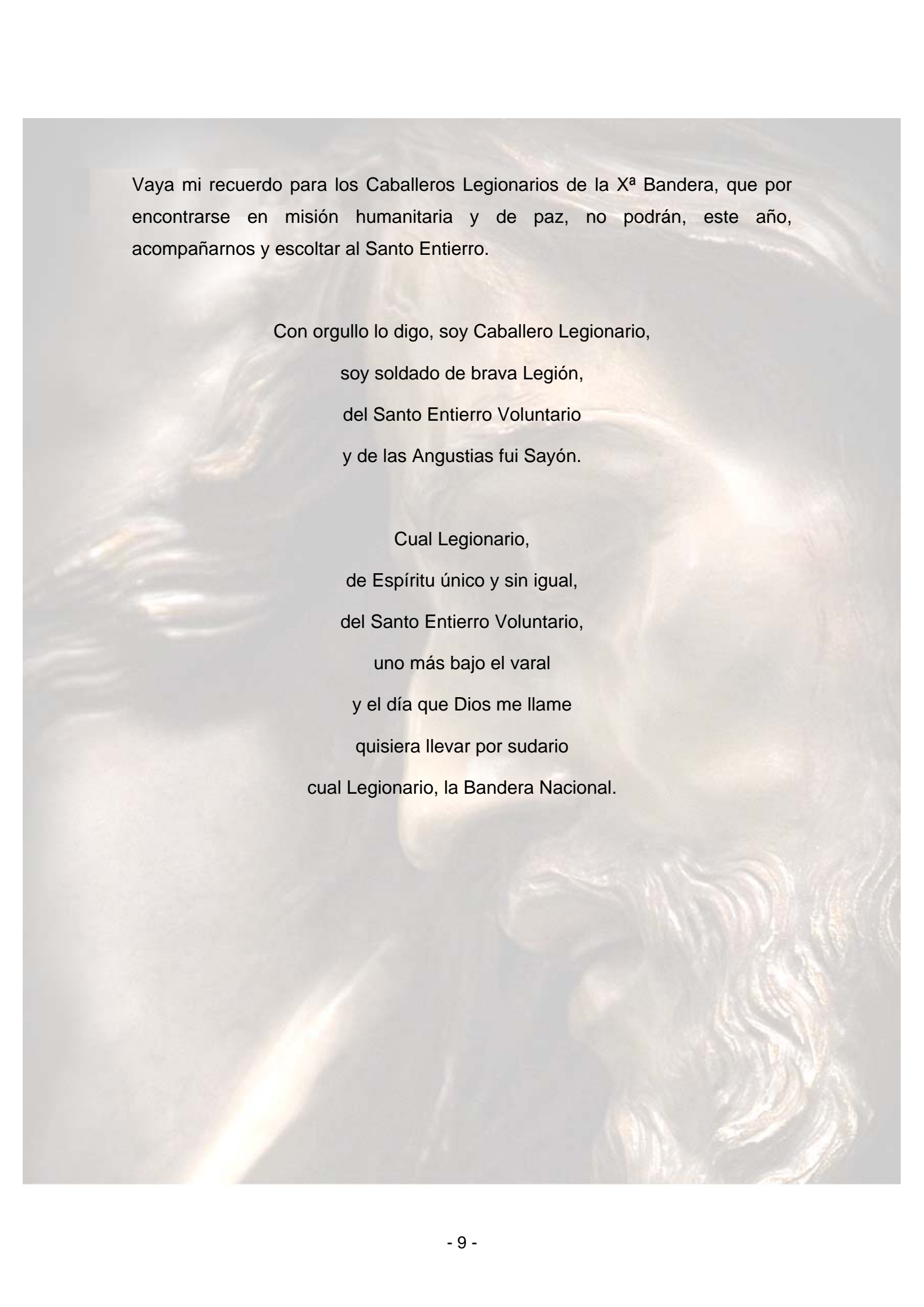
No pude menos que recordar al verla, lleno de sorpresa y emoción aquellos versos del poeta Gerardo Diego:

Dame tu mano, María
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.

Quiero ir contigo en la impía tarde
negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata
esa lágrima que brilla.

Déjame que te restañe
ese llanto cristalino,
y la vera del camino permite que te acompañe.

Deja que lágrimas bañen
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia
¡¡Capitana de las Angustias!!
¡¡¡que no quiero que sufras tanto!!!



Vaya mi recuerdo para los Caballeros Legionarios de la Xª Bandera, que por encontrarse en misión humanitaria y de paz, no podrán, este año, acompañarnos y escoltar al Santo Entierro.

Con orgullo lo digo, soy Caballero Legionario,
soy soldado de brava Legión,
del Santo Entierro Voluntario
y de las Angustias fui Sayón.

Cual Legionario,
de Espíritu único y sin igual,
del Santo Entierro Voluntario,
uno más bajo el varal
y el día que Dios me llame
quisiera llevar por sudario
cual Legionario, la Bandera Nacional.

El Estandarte que nunca Procesioné.

Con escasos tres años, y no porque yo tenga una memoria prodigiosa, sino porque así lo atestiguan las fotografías que en casa de mis Padres hay, me vestí de consiliario con el traje que mi tío abuelo Diego Guerrero Berdún había hecho hacer años atrás para su hijo Juan Diego.

Después, como muchos niños procesioné delante de la Virgen de las Angustias en esa fila central en la que todos los chiquillos, sin llevar aun capirote, alborotaban, y con sus velas se llenaban unos a otros con su blanca cera. Es que ya éramos mayores y queríamos llevar una vela. Eran años en los que la Procesión era eterna y el cansancio hacía que nos sentásemos en los bordillos de las aceras aprovechando las paradas del Trono de la Virgen de las Angustias que portaba mi Padre. Mi Madre venía a recogernos, “que ya hace mucho frío”, “vamos para la casa”, pero rápidamente nos volvíamos a colocar en la fila, “que no, que todavía no nos hemos encerrao”, respondíamos mi hermano Antonio y Yo.

Con los años pasamos a las filas de penitentes de la Virgen, ya éramos mayores y por ello queríamos llevar capirote. Recuerdo como día tras día pasábamos por casa de Andrés a ver si las bolsas con nuestras túnicas habían salido ya o no. Por fin llegaba el día en que al preguntar, Andrés o su mujer Angelita, nos respondían con otra pregunta, ¿vuestras bolsas son blancas y verdes?, al contestar que sí abrían las bolsas y buscaban el papelito donde mi Madre había escrito nuestros nombres, “a ver, Benito Javier Gallardo y Antonio Luís Gallardo, ¡ea niños aquí están!”, entonces en una libreta que había sobre una mesita, bajo una imagen de la Piedad, anotaba nuestros nombres. También es verdad que como niños que éramos, pasada la Semana Santa mi

Madre tenía que estar detrás de nosotros un día y otro para que las devolviésemos, ...cosas de niños.

En la fila ya no me conformaba con un cirio, yo quería algo más, quería sentirme importante en mi Hermandad, “no, yo este año llevo una bandera”, le decía a los otros niños.

En mi casa, en el cajón de los papeles de mi Padre, recuerdo unos recibos a modo de letras por valor de 1.000 pesetas que puntualmente llegaban todos los meses desde el Banco de Andalucía. ¿Papá esto que es?, “Javi, eso es la Casa de la Hermandad”. Mi Padre, como otros muchos Hermanos, sufragaban, cada uno como podía, la obra de la Casa. A los ojos de aquel chiquillo aquello era importantísimo, a los ojos del hombre de hoy lo es más, pues se llega a comprender el gran esfuerzo que hicieron nuestros mayores.

Si no me falla la memoria, a los quince años procesionamos Andrés Carrasco Ruiz y Yo uno de los estrenos de ese año, las bocinas, ¡qué importante éramos!. Por cierto y dicho sea de paso, vaya enser cansino de portar, todo el rato en el hombro y sin poder dejarlo en el suelo.

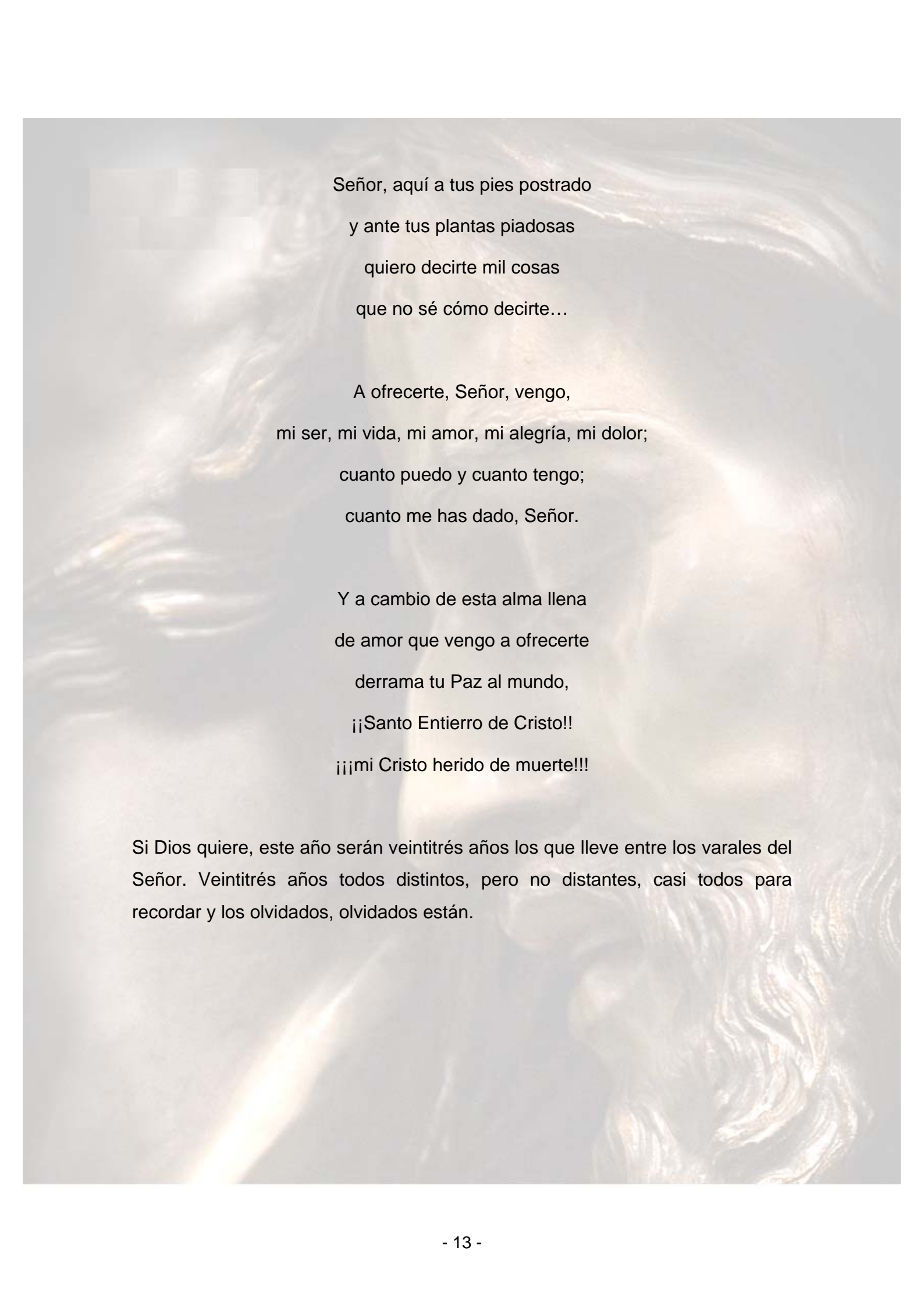
Al año siguiente en el Cabildo General, Estandarte de la Virgen para mi tía Gloria y para mí. Eso si que fue un salto en mi imaginario escalafón. Hacemos el Acompañamiento y paramos más o menos a la altura de la casa de María Gallardo y Don Francisco Carbonero, a quien desde aquí le mando mi más cordial saludo. Se me acerca mi primo Fernando Casasola y me dice: “Benito Javier si quieres llevar la Virgen ven conmigo, que entre el primo Andrés y yo hay un sitio, que falta el Pilío”. Yo no sabía ni quien era “el Pilío” ni porque faltaba, pero para un chaval de dieciséis años, que de pronto le dijese que llevase la Virgen de las Angustias, cuando existía una lista de espera larguísima de hombres hechos y derechos, era lo último que podía esperar en

aquel Viernes Santo. Así que salí corriendo hacia la Casa de la Hermandad dejando a mi tía Gloria sola con el Estandarte de la Virgen. Cuando llegué al Trono me dijeron “pero donde vas con la capa y el capirote hombre, déjala en algún sitio”. Así volví a casa de María Gallardo y allí los dejé. Del sitio no me quería ni mover, con decirles que ni en la parada del Cuartelillo en la calle la Sangre me quería salir. Alguien dijo “decidle al niño que entre y se tome algo”, recuerdo que el Sargento me descorchó un refresco. Al finalizar la Procesión yo era el niño más feliz del mundo, pero la pobre de mi tía Gloria se pasó todo el recorrido sola con el Estandarte de la Virgen, “no te preocupes tía, que el año que viene lo llevamos entre los dos”.

Y llegó el año siguiente, diecisiete años, todo un chava, de nuevo en el reparto de cargos procesionales el Estandarte de la Virgen para mi tía Gloria y para mí. En la esquina de la calle la Silla con la Sangre se me acercan mis primos antes de salir el Acompañamiento y me dicen “Benitillo, que hemos puesto una almohadilla para que te vengas con nosotros”. Yo no sabía como decirle a mi tía que otra vez la iba a dejar sola con el Estandarte de la Virgen, pero al llegar a la Casa Hermandad ella adivinó lo que iba a decirle... pero no hicieron falta las palabras, en sus ojos, tras el antifaz, vi su beneplácito.

La primavera de 1988 para mí fue inolvidable, estrenábamos Trono del Señor. En la gasolinera un día Andrés Mesa me dio un papelito del tamaño de una tarjeta de visita, con letras a máquina se podía leer “Año 1988-Sayones del Señor” y debajo con bolígrafo y a mano “D-4”. Ya era oficialmente Sayón, sin saberlo acababa de convertirme en Voluntario del Santo Entierro”, mi título máspreciado.

Como no soy poeta, tomaré unos versos prestados de Lope de Vega para expresar mis sentimientos al ver colmada mi gran ilusión de llevar el Santo Sepulcro sobre mis hombros:



Señor, aquí a tus pies postrado
y ante tus plantas piadosas
quiero decirte mil cosas
que no sé cómo decirte...

A ofrecerte, Señor, vengo,
mi ser, mi vida, mi amor, mi alegría, mi dolor;
cuanto puedo y cuanto tengo;
cuanto me has dado, Señor.

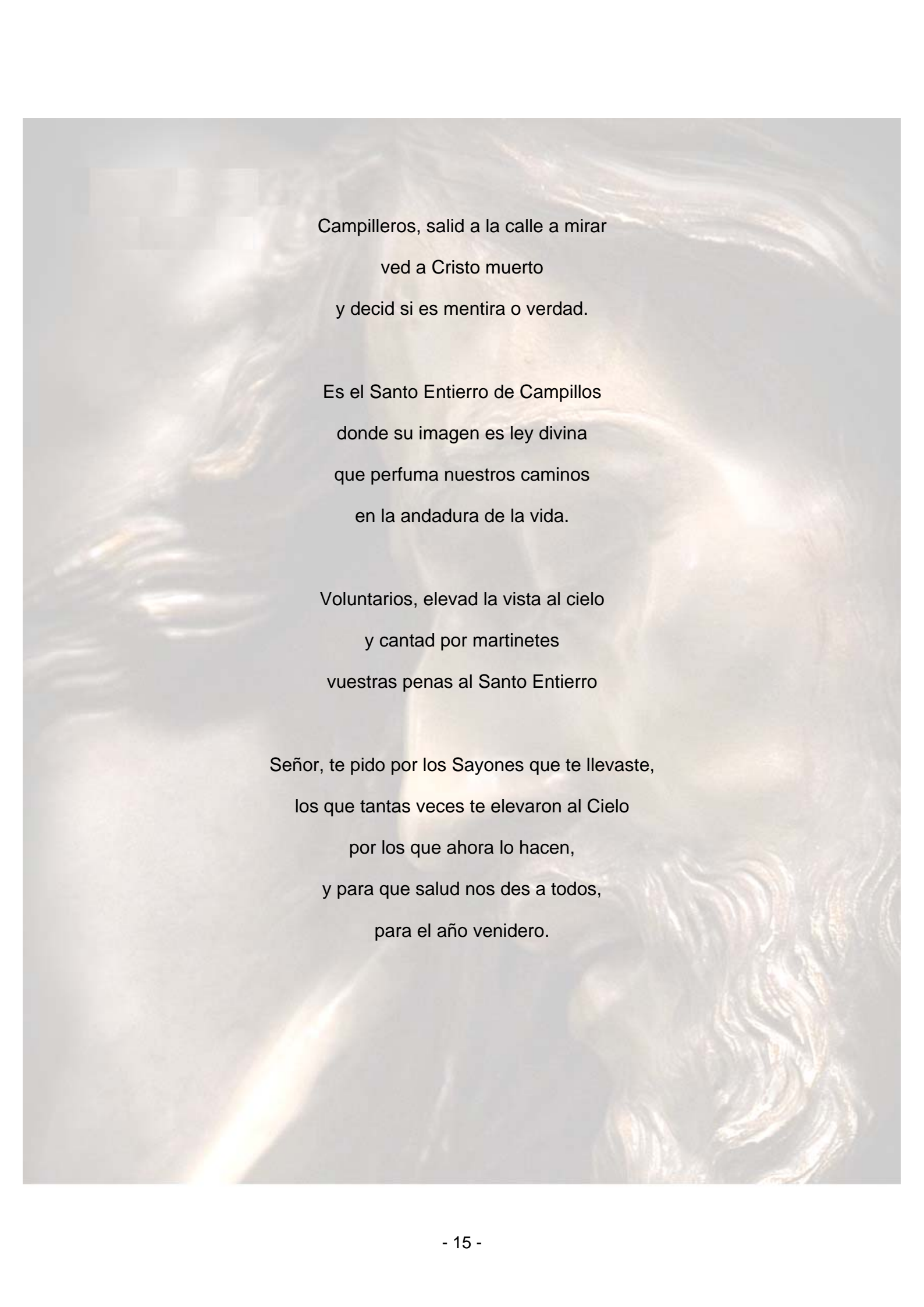
Y a cambio de esta alma llena
de amor que vengo a ofrecerte
derrama tu Paz al mundo,
¡¡Santo Entierro de Cristo!!
¡¡¡mi Cristo herido de muerte!!!

Si Dios quiere, este año serán veintitrés años los que lleve entre los varales del Señor. Veintitrés años todos distintos, pero no distantes, casi todos para recordar y los olvidados, olvidados están.

Campillos, la noche del Viernes Santo, sin prisas, con todo el esplendor que se merece, se prepara para el ritual del Santo Entierro de Cristo.

El crisol de los sentimientos se hace lágrimas de emoción al oír

- Cómo cruje la madera del varal en la primera “levantá”.
- Cómo suenan los pasos de los Voluntarios al bajar la rampa.
- Cómo sentimos esa primera saeta, pidiendo silencio al Pueblo de Campillos porque sale en Procesión el Santo Entierro, nuestro Padre Redentor.
- Cómo doblan las campanas de la Iglesia al girar el Parque, y cómo el cornetín de órdenes rinde honores a Difuntos.
- Cómo una saeta, a pie de paso, en una calle estrecha, llega al alma.
- Cómo una maniobra difícil arranca un ¡Vivan los voluntarios del Santo Entierro!.
- Cómo desde el escalón de una mítica casa una saeta sale no desde una garganta, sino del alma de las “Viejas Glorias de la Hermandad”.
- Cómo el frío de la noche, al llegar a la Cruz Blanca, arrecia el rostro impregnado en sudor de los Sayones, presagio de que todo está por concluir.
- Cómo se aprietan los dientes cuando el varal muerde en ese último esfuerzo de la subida.
- Cómo imaginamos a nuestra Madre de las Angustias acercándose junto a su hijo yacente en la puerta de su Casa, mecida por sus Sayones y llevada por los corazones de sus hijos campilleros.
- Cómo nos fundimos en un abrazo fraterno los Hermanos del Santo Entierro al concluir esa última “levantá”, esa que pide que “para el año venidero seamos vivos”.



Campilleros, salid a la calle a mirar
ved a Cristo muerto
y decid si es mentira o verdad.

Es el Santo Entierro de Campillos
donde su imagen es ley divina
que perfuma nuestros caminos
en la andadura de la vida.

Voluntarios, elevad la vista al cielo
y cantad por martinetes
vuestras penas al Santo Entierro

Señor, te pido por los Sayones que te llevaste,
los que tantas veces te elevaron al Cielo
por los que ahora lo hacen,
y para que salud nos des a todos,
para el año venidero.

Todos estos sentimientos no sólo se repiten año tras año, sino que se van acrecentando con el paso de los mismos. Si nuestro Desfile Procesional no fuese más que una gran puesta en escena, de mayor o menor plasticidad, conformada por obras maestras de la imaginería y la orfebrería culmen del arte barroco, ya hace muchos años que nos habríamos cansado de verlo. No, hay algo más, hay Amor, Amor infinito, AMOR con mayúsculas, amor único y divino en la crucifixión y muerte de Cristo... Amor que sufrió en su cuerpo y en su alma desde el Amor y por Amor... Me amó y se entregó por mí, por todos. Rompían su cuerpo y Él amaba. Derramaban su sangre y Él se entregaba. Blasfemaban y se mofaban de Él, y Él perdonaba. Lo despojaron de todo, y Él nos lo daba todo, incluso a su Madre. En cada palabra AMOR, en cada palabra, súplica, regalo y perdón...

Hoy, desde este magnífico Cartel, sus labios, mudos por la muerte, nos siguen hablando en silencio de Amor, de un Amor que de Ti, Señor, desciende y a Ti asciende: nuestro Amor y nuestra Fe. Fe en Cristo, nuestro Redentor, Amor entre Hermanos, transmitido de Padres a Hijos, desde generaciones pasadas hasta las que están por llegar. Fe que nos hace ver en los balcones más altos del cielo, allí donde la quilla de la luna rompe nubes "morás", cómo se asoman a contemplar al Santo Entierro y a la Virgen de las Angustias los que ya no están entre nosotros. Fe, en que cada uno de nosotros ocuparemos nuestro sitio en esos balcones junto al Padre, sabiendo que la muerte no es el final. Amor, perdonando a nuestros semejantes, olvidando rencillas pasadas, compartiendo nuestras penas y alegrías, y cual modernos cirineos aunar esfuerzos para soportar el peso del Varal del día a día:

Sintiendo una dulce herida
de ansia de amor desmedida,
para poder ir por la vida
como Tú estabas en la Cruz:

De sangre los pies cubiertos,
llagadas de amor las manos,
los ojos al mundo muertos
y, para acoger a mis hermanos
¡¡¡los dos brazos abiertos!!!

Como supongo que ocurre en todas y cada una de las casas de nuestros Hermanos, cada Viernes Santo en casa de mis Padres, en mi Casa, se vive este día como el más grande del año. Mi Madre y mi Abuela preparan la cena con sabor a Semana Santa. Allí tienen cabida hermanos, primos, sobrinos, nietos y amigos.

Los primeros en vestirse son los pequeños, mis hijas Carmen y Alba, túnica negra y roquete blanco. Mi sobrino Martín, a pesar de su corta edad, lo tiene muy claro: “yo no me visto de niña; yo, de Sayón, como mi padre. Todos, ceremoniosamente, siempre llevamos algo bajo nuestras túnicas. Mis primos, su camisa y corbata negra; mi hermano su polo azul con el cuello ribeteado con los colores rojo y gualda; yo con el verde sarga que un día me mordió como un lobo el corazón. Mi Padre, que ya no porta a su Virgen de las Angustias, imaginariamente lleva su túnica bajo su abrigo verde. Mientras mi Madre y Carmen, mi esposa, nos van ajustando los fajines, se oye: “Benito, este año estás más gordo, te falta cinturón”. Mi Padre, al frente del pequeño cortejo, cogiendo a sus nietos de la mano, da la voz: “Al Acompañamiento niños, que ya vamos tarde”. Al pasar por la esquina de la calle “Enmedio”, aún hoy me

parece ver a mi abuelo Benito esperando en su sillón a que nos acercásemos a darle un beso y oír cómo nos contaba que cuando él era un niño, lo subían a los varales del Trono de las Angustias para que le cantase una saeta.

Noche del Viernes Santo...

Noche de onda calma doliente.

¡Cuánto ha sufrido Jesús!.

¡Cómo lloraba la gente!.

¡¡Cómo siento la agonía

de este Cristo campillero yacente!!.

Si todos estos hechos, esa amalgama de sentimientos, que se repiten año tras año, no son consecuencia de Amor y Fe, de Fe y de Amor, díganme ustedes entonces cuál es la causa.

Y llegará el día en que al Santo Entierro ya no pueda llevar,

llegará, y no quiero que llegue,

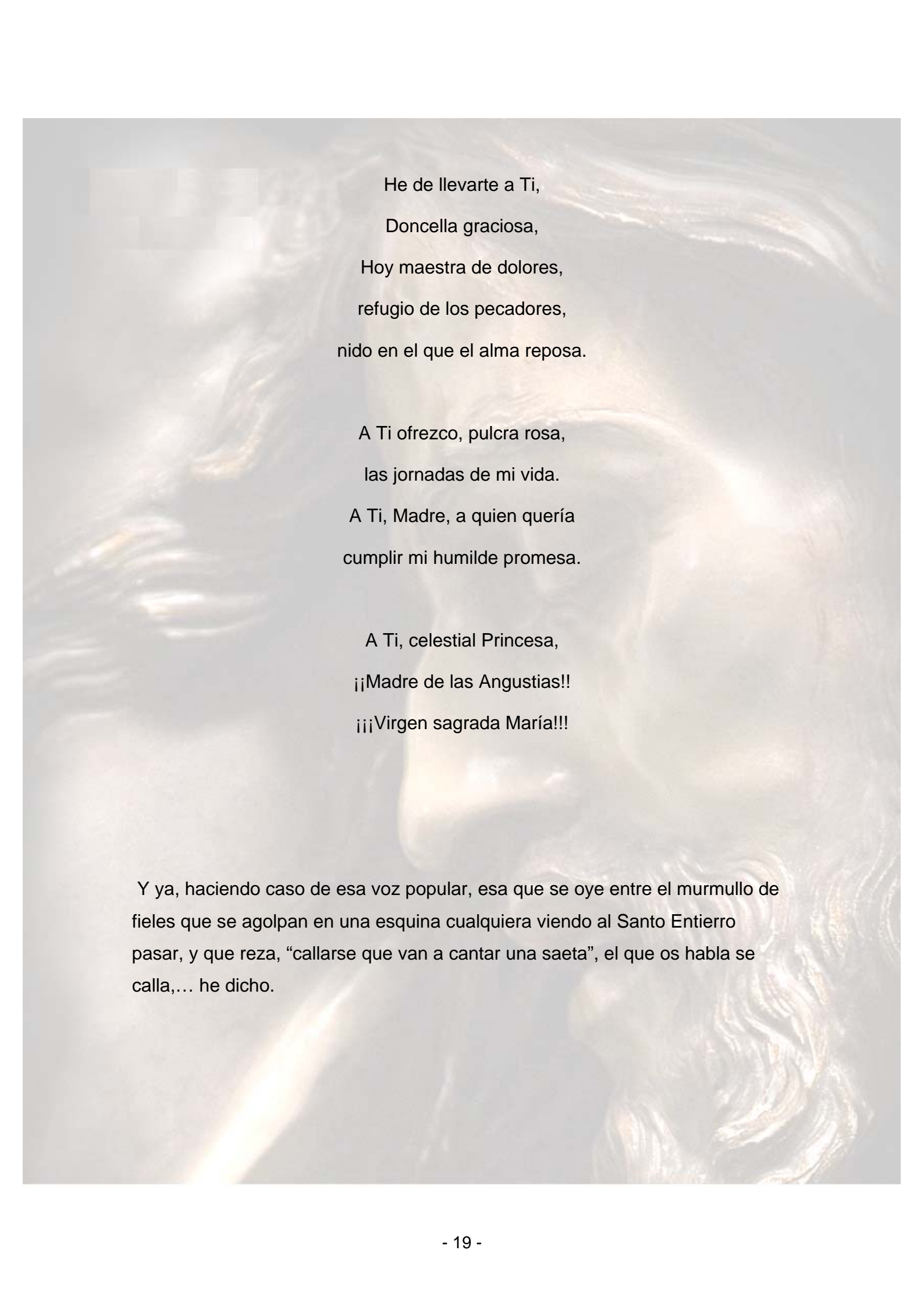
a pesar de que todo ha de llegar,

pero antes de retirarme,

y desde un balcón, su rostro contemplar,

de mi Virgen de las Angustias,

su Estandarte he de llevar.



He de llevarte a Ti,
Doncella graciosa,
Hoy maestra de dolores,
refugio de los pecadores,
nido en el que el alma reposa.

A Ti ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de mi vida.
A Ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.

A Ti, celestial Princesa,
¡¡Madre de las Angustias!!
¡¡¡Virgen sagrada María!!!

Y ya, haciendo caso de esa voz popular, esa que se oye entre el murmullo de fieles que se agolpan en una esquina cualquiera viendo al Santo Entierro pasar, y que reza, “callarse que van a cantar una saeta”, el que os habla se calla,... he dicho.

